

Homenaje a Benito Madariaga de la Campa

*Palabras pronunciadas en ocasión
de la entrega de la Medalla de Honor
a don Benito Madariaga de la Campa
el 6 de julio de 2004
en el Palacio de la Magdalena*



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENÉNDEZ PELAYO

Santander

2005

Homenaje a Benito Madariaga de la Campa

*Palabras pronunciadas en ocasión
de la entrega de la Medalla de Honor
a don Benito Madariaga de la Campa
el 6 de julio de 2004
en el Palacio de la Magdalena*

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENÉNDEZ PELAYO

Santander

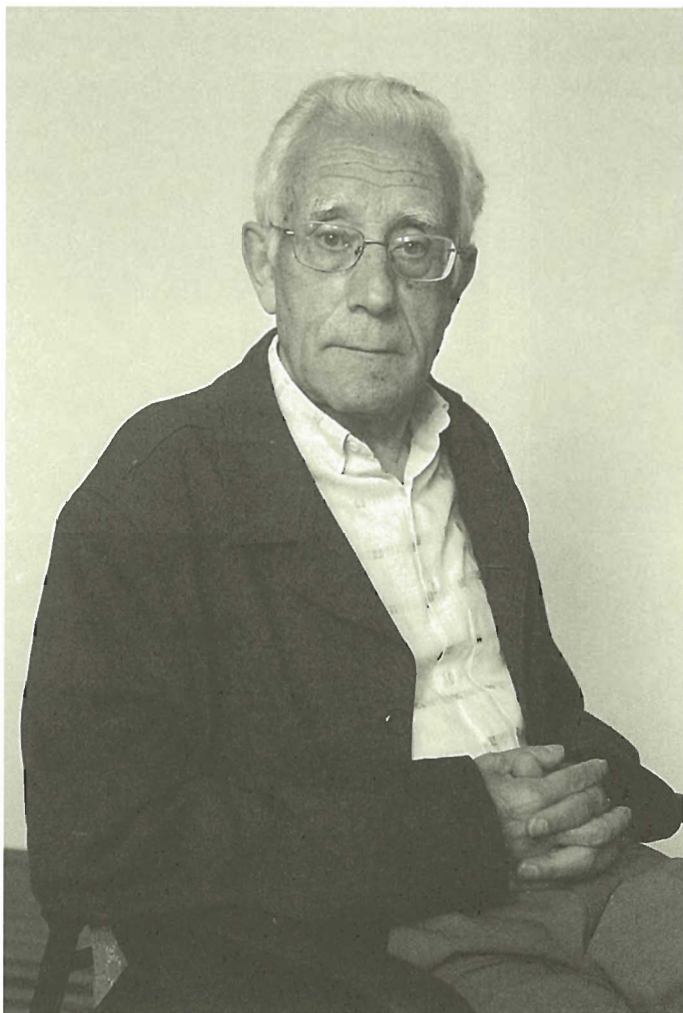
2005

Edita: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 2005
(Ministerio de Educación y Ciencia)

ISBN: 84-88703-43-0

Depósito legal: SA. 218—2005

Imprime: Bedia Artes Gráficas, S. C.



Benito Madariaga de la Campa
Santander, Palacio de la Magdalena, 2004

ÍNDICE

Presentación

José Luis García Delgado 9

Laudatio

Joaquín González Echegaray 17

Contestación a la Laudatio

Benito Madariaga de la Campa 29

Presentación

José Luis García Delgado

Como me he propuesto seriamente aspirar al premio que pueda merecer adelgazar los discursos —Dante lleva al Paraíso a Justiniano, por hacer éste lo propio con las leyes, no se olvide—, seré muy breve. Son sólo tres puntos los que quiero subrayar a manera de introducción a la *Laudatio* que después pronunciará don Joaquín González Echegaray, al que ya me adelanto a agradecer su generosa, su muy generosa disposición para participar en este acto, que hemos programado para que coincida con el desarrollo de la Escuela de Cultura y Patrimonio «Marcelino Sanz de Sautuola» que él mismo dirige (una coincidencia, añadiré entre paréntesis, muy deliberada por nuestra parte, pues temas y personas que se dan cita en dicha actividad lectiva enlazan perfectamente con el tra-

bajo y la ejecutoria personal que hoy queremos distinguir).

Tres puntos. El primero es para expresar muy llanamente que con la Medalla que hoy entregamos no hacemos sino un acto de estricta justicia. Tardía, pero justicia. ¡Ya era hora de que la UIMP reconociera del modo más señalado que tiene a su alcance lo mucho y bueno que ha recibido de Benito Madariaga! Durante más de veinte años, y me quedo corto, la Universidad se ha beneficiado, en efecto, de la colaboración que le ha brindado, con un desprendimiento siempre ejemplar, este hombre de cultura, tenaz e imaginativo, que es Benito Madariaga. En particular, durante los últimos nueve años, doy testimonio del copioso caudal de aportaciones que de él ha recibido la UIMP, en forma de sugerencias, de consejos, de propuestas, de textos; bien con cuidadas palabras escritas, bien con palabras dichas con esa discreción y esa modestia propias de los hombres cabales, de las personas honestas. Pues Benito Madariaga no es sólo el autor —con la colaboración de Celia Valbuena— de páginas imprescindibles sobre la Historia de la Universidad Internacional de Verano, sino también de múltiples aportaciones que se han materializado en unas u otras publicaciones, en unas u otras

realizaciones académicas. Y, desde luego nadie ha sido tan repetidamente generoso con esta Universidad como Benito Madariaga de la Campa al ofrecernos su saber y su tiempo, su criterio y su presencia.

No te ofrecemos, por eso, querido Benito, nada a lo que no te hayas hecho acreedor; sólo te damos lo que ya es tuyo —por decirlo al modo de Borges—; únicamente tratamos —lo repetiré— de hacer justicia; nuestro único mérito, si acaso, es haber vencido tu resistencia para celebrar este acto, pues tu modestia no es menor que tu saber y tu laboriosidad.

El segundo punto que debo resaltar es lo admirable del modo de trabajar y del estilo intelectual de Benito Madariaga. Lo admirable de esa combinación de entusiasmo y de capacidad de trabajo, que hace grande cualquier esfuerzo; de imaginación y de tenacidad, que siempre da frutos; de vocación y de esfuerzo, que está en la base de los mejores aportes de cualquier científico y de cualquier humanista, y él es, en puridad, ambas cosas. Modos y maneras de quien tiene la deferencia de la sencillez y de la franqueza.

Lo tercero que deseo apuntar ahora es el amor a Santander y a Cantabria de Benito Madariaga.

Un amor ciertamente demostrado, que es, a la postre, el que cuenta: «pruebas de amor» —como quería Paul Valéry—, no meras declaraciones, promesas o contratos. Las pruebas de amor que a lo largo de toda una dilatada trayectoria de intenso trabajo Benito Madariaga le ha dado a esta tierra montañesa, estudiando a sus gentes y a sus cabañas, su historia y su presente, su arte y sus costumbres, aunando en ello capacidad de iniciativa y tesón investigador, emprendimiento y constancia. Las pruebas de amor a Santander y a Cantabria que refleja, por ejemplo, la muy activa participación de Benito Madariaga en una extensa relación de instituciones de la ciudad o de la región que tienen como fin cultivar y enriquecer el patrimonio natural y cultural de éstas. ¿Qué más puede hacer por Santander y por Cantabria un hombre de estudio que lo que ha hecho Benito Madariaga en el curso de ya medio siglo de trabajo dedicado a conocer y dar a conocer lo que generaciones enteras —desde la Prehistoria a nuestros días— han hecho en este hermoso, viejo y fuerte solar norteño de España?, ¿en esta muy noble, siempre leal, decidida, siempre benéfica y excelentísima ciudad de Santander que muy pronto cumplirá su primer cuarto de milenio?

Desde la UIMP sentimos, en todo caso, que al otorgar nuestra Medalla de Honor a Benito Madariaga nos estamos identificando un poco más con Santander, que nos acercamos y hermanamos más con las mejores de sus gentes. Al dedicarle este acto de reconocimiento, Benito Madariaga nos hace, así, un favor, un servicio añadido: reeligar más —por emplear un verbo zubiriano— a la UIMP con la ciudad y la sociedad donde encuentra su más pleno sentido, con la ciudad y la sociedad que le proporcionan mayor proyección a escala española e internacional. Por eso, querido Benito, no podemos ofrecerte la Medalla de Honor de la UIMP sin expresarte, una vez más, nuestro agradecimiento. Gracias, de verdad.

Laudatio

Joaquín González Echegaray

Benito Madariaga, en el ámbito intelectual, es uno de los personajes más interesantes y complejos del Santander de la segunda mitad del siglo XX. Nada, pues, más acertado y oportuno que la Universidad Internacional Menéndez Pelayo le rinda hoy un merecido homenaje con la concesión de su Medalla de Honor.

Resulta muy difícil, precisamente en razón de la complejidad y variedad —a veces desconcertante— de la valiosa producción literaria de Madariaga, hallar una línea que vertebral toda su labor y que permita entender su trayectoria y el sentido de su fecunda actividad intelectual. Con toda modestia por mi parte, pero con la ventaja que me ofrece la amistad con él de tantos años, me atrevo a trazar ahora, aunque sea sumariamente, un esbozo de lo

que a mi juicio constituye el hilo conductor que nos permite entender lo que es y significa la figura de Benito Madariaga de la Campa.

El punto de partida reside en que nuestro personaje, por sus estudios universitarios es un veterinario, doctor en Veterinaria, profesión esta que, en ciertos ambientes estúpidos, aún conserva remembranzas de lo que fue en siglos pasados la de albéitar, y, por tanto, es recibida con un cierto recelo, que no se corresponde en absoluto con la categoría intelectual y la talla científica de las grandes personalidades que esta noble carrera ha dado a España durante los siglos XIX y XX. Madariaga nunca se ha desligado de sus orígenes universitarios y ha tenido la valentía de consignarlo en todo momento, dando muestras del orgullo de pertenecer al mundo de su profesión. Precisamente éste fue el tema de su interesante discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Veterinarias de Madrid en 1991: *La profesión veterinaria en la polémica de la Ciencia Española*.

Pero la verdad —también hay que decirlo— Madariaga, a pesar de la vinculación con su mundo profesional, no es persona que haya ejercido propiamente como veterinario, salvo recién salido de la universidad allá por los años «cincuenta» y por muy

poco tiempo, creo que en el pueblo de Ramales. Desde el principio, su carrera universitaria le condujo a interesarse por el mundo de la biología más de una forma teórica que práctica, hecho este que va muy bien con su talante y actitudes. Así ya en 1966 obtenía por oposición la plaza de Preparador en el Laboratorio mundialmente conocido Instituto Español de Oceanografía de Santander, después de haber realizado estudios sobre moluscos marinos en Francia en el *Institut Scientifique et Technique de Pêches Maritimes*. En 1959 había publicado su obra *La ostricultura en España*, a la que siguieron varios trabajos científicos sobre las lapas (género *Pate-lla*), los mejillones (género *Mytilus*) y distintos tipos de peces del mar Cantábrico (especialmente el género *Lophius*) y hasta sobre las tortugas (género *Dermochelis*).

Junto al estudio de la fauna marina, su curiosidad científica, unida a su preparación en el conocimiento del mundo de los animales domésticos, le llevó a interesarse científicamente de modo especial por los bóvidos, fruto de cuyo estudio es su libro *El toro de lidia* (Madrid 1966), obra prologada por el famoso rejoneador Álvaro Domecq, o el extenso artículo que vio la luz en la revista *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore* sobre «La

ganadería en la Provincia de Santander» (1970).

A su vez, el interés por la zoología y los contactos personales con algunos prehistoriadores de Santander le condujo a ocuparse de las especies de caza y pesca capturadas por el hombre del Paleolítico, y empezó a estudiar y publicar los restos sobre todo de moluscos, pero también de huesos especialmente de mamíferos, procedentes de las excavaciones arqueológicas de las famosas cuevas de la cornisa cantábrica: La Chora, El Otero, Morín, Tito Bustillo, Rascaño, El Juyo y El Pendo, y hasta del yacimiento de El Khiam en Palestina. Y no sólo del análisis de los restos de fauna, sino también de las pinturas rupestres de animales, sobre las que ha publicado varios estudios en revistas de la especialidad y una obra titulada *Las pinturas rupestres de animales en la región Franco-Cantábrica* (1969), con un prólogo del conocido zoólogo Félix Rodríguez de la Fuente. Además se preocupó y estudió otros temas dentro del mundo de la Prehistoria, como las perforaciones en objetos de adorno personal, los utensilios dedicados al marisqueo, los orígenes de la domesticación animal o el problema de la peculiar conservación del Hombre de Morín de hace 30.000 años, a través del proceso de conversión de su cadáver en adipocira. De hecho,

Benito Madariaga es una persona bien conocida, y no sólo en España, en el ámbito de los estudios prehistóricos, y ha tenido trato de amistad con figuras muy destacadas en ese campo científico.

Ahora bien, en estos dos mundos de la Biología Marina y de la Prehistoria se va a fraguar lo que, con el tiempo, acabará siendo el tema principal de toda la amplia producción literaria de Madariaga: Las biografías de escritores famosos y la ambientación histórica en la que se desarrollaron ciertos procesos de carácter cultural. El contacto cotidiano con el Laboratorio Oceanográfico le lleva a investigar sobre la apasionante historia de su fundador, el naturalista y catedrático de universidad del siglo XIX González de Linares, de la que saca un libro titulado *Augusto González de Linares y el estudio del Mar* (1972). A su vez, de su incursión en el mundo de la Prehistoria saldrán sendas biografías de dos personajes-clave: Sautuola, descubridor de Altamira, y Alcalde del Río, descubridor de otra serie importante de cuevas con pinturas rupestres en la Cornisa Cantábrica, especialmente las de Puente Viego. Los títulos de los libros son: *Hermilio Alcalde del Río. Una escuela de Prehistoria en Santander* (1972) con prólogo del profesor Martín Almagro, obra de la que existe una segunda edición

refundida en 2003, y *Marcelino Sautuola. Escritos y Documentos* (1976), completado recientemente con otras dos obras sobre el tema: *Sanz de Sautuola y el descubrimiento de Altamira* (2000) y *Marcelino Sanz de Sautuola y la Cueva de Altamira* (2004).

Hay que decir también que en esa misma línea biográfica, en este caso sobre personalidades de la profesión veterinaria, se halla una larga serie de artículos publicados en dos volúmenes en la obra *Semblanzas veterinarias* (1973 y 1978), de la que fue colaborador y codirector.

Pero, a partir de aquí, la producción literaria de Madariaga va a tomar un giro nuevo. El éxito obtenido en el mundo de las biografías de personajes importantes y el verdadero placer que la investigación de esas vidas suscita en nuestro homenajeado le lleva a un campo hasta inesperado. Quiero pensar que en esta decisión ha jugado un papel importante la esposa de Benito, Celia Valbuena, catedrática de literatura, muy interesada en el estudio de poetas y literatos sobre todo de la Generación del 27, que ya había publicado un espléndido estudio biográfico y crítico sobre Manuel Llano. De hecho, tanto Benito como Celia firmarán juntos algunos de los trabajos de los que hablaremos después, y el que ahora inicia la nueva singladura,

abordando el estudio y la crítica de un artista, pintor y escritor, de tanta categoría como Gutiérrez Solana: *Cara y máscara de José Gutiérrez Solana* (1976), con un prólogo de Camilo José Cela. Es ésta una obra que causa sensación e incluso ciertos celos en el mundo específico de los críticos de arte y literatura.

Madariaga había pasado ya su Rubicón —*Alea iacta est*— y tres años después publicará su conocida y consagrada obra: *Pérez Galdós. Biografía santanderina* (1979) con prólogo de Casaldueiro. No terminarán aquí sus atrevidas pero felices incursiones en el ámbito artístico de la literatura. Aparte de una serie de artículos y trabajos menores sobre el escultor Victorio Macho, el pintor Pancho Cossío o los escritores Pereda, Enrique Menéndez, García Lorca y, sobre todo, el propio Galdós (lo que, por cierto, va a merecer que el 7.º Congreso Internacional sobre Galdós, celebrado en Las Palmas en 2001, le conceda oficialmente el título de «Galdosista de Honor»), Madariaga publicará ya en 1991 su magnífica obra *José María de Pereda. Biografía de un novelista*.

En el estudio no sólo de personas sino del proceso histórico de ciertas actividades culturales, Benito Madariaga abordará la historia de una insti-

tución de tanta solera regional como el Instituto de Enseñanza Media de Santander, del que fueron alumnos algunos personajes tan importantes, como el propio Menéndez Pelayo. En 1971 publicó *El Instituto de Santander. Estudio y Documentos*, precisamente en colaboración con Celia Valbuena. Pero debemos destacar aquí, por su especial vinculación con esta casa y con la Medalla de Honor que ahora le otorga, su obra, firmada también por Celia, *La Universidad Internacional de Verano de Santander (1932-1936)*, en 1999, la cual forma parte de una serie en la que figuran también obras de otros autores. En los dos tomos de Madariaga-Valbuena se refunden en parte otras publicaciones anteriores. A ella hay que añadir su *Real Sitio de la Magdalena*, publicada en 1986.

Otras obras completan el amplísimo horizonte de la producción literaria de Madariaga. Es el caso de *Crónica del Regionalismo en Cantabria* (1986) y *Antología del Regionalismo en Cantabria* (1989), a las que hay que añadir *De la Estación de Biología Marina al Laboratorio Oceanográfico de Santander. Noticias de un centenario (1886-1986)*.

Creemos que ahora se comprenderá el por qué nos planteábamos al principio la dificultad de poder comprender el cómo y el por qué de una obra

tan vasta, tan desconcertantemente variada, pero a la vez tan fecunda y lograda. Hemos intentado, no sé si conseguido, introducirnos en su dinámica interna y tratado de explicar cómo todos esos campos del saber adquieren una cohesión inteligible en la obra extraordinaria que ahora se premia con toda justicia.

Digamos finalmente, además de todo lo hasta aquí expuesto, que Benito Madariaga es el Cronista Oficial de la Ciudad de Santander. A su vez, ostenta los títulos de Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia de Doctores de Madrid y de la Real Academia de Ciencias Veterinarias. Es además Académico Numerario de la de Ciencias Médicas de Cantabria. Ha sido asimismo Delegado Local de Excavaciones Arqueológicas, Secretario General de la Institución Cultural de Cantabria, Jefe del Centro Coordinador de Bibliotecas de Santander, y es en la actualidad Presidente de la Sociedad Menéndez Pelayo. Cargos y distinciones a los que hay que añadir la de Caballero de la Orden Civil del Mérito Agrícola y Personalidad Montañesa del Ateneo de Santander en 1990.

Pero, sobre todo, Benito Madariaga, como sabemos los que nos honramos con su amistad, es

una persona entrañable, que vibra y se preocupa por todo lo que significa cultura y ciencia, enamorado de su tierra cántabra, presto a colaborar desinteresadamente en todo lo que se le pida, y amigo incondicional de sus amigos, aunque a veces, a fuerza de ser sincero, se muestre exigente y crítico con ellos. Es hombre de gran responsabilidad y seriedad en su trabajo, pero también dotado de un fino sentido del humor, que sin vanalizar los problemas, permite que éstos se tomen con la distensión y serenidad que requieren las circunstancias. Éste es, pues, un perfil incompleto, pero hecho con todo afecto y simpatía, de nuestro homenajado el Ilmo. Sr. don Benito Madariaga de la Campa.

Contestación a la Laudatio
Benito Madariaga de la Campa

Cuando en el pasado mes de abril el Rector José Luis García Delgado hizo la presentación en este mismo lugar de los Cursos de Verano de la Universidad Internacional de este año, me sentí sorprendido y abrumado al enterarme de que recibiría la Medalla de Honor de esta docta corporación. Y no era para menos, si comparaba mis méritos con los de los que me han precedido con esta distinción y porque no lo esperaba. Por ello mi primer sentimiento es de profundo agradecimiento a las personas que representan a la Universidad, al Rector y a la Junta de Gobierno, por su generosidad y el honor tan inmenso que me hacen. Decía Baltasar Gracián que «los méritos solos darán un gran rodeo si no se ayudan del favor». Y añadía: «Todo lo facilita y suple la

benevolencia».¹ Es verdad que mi vinculación con esta Universidad es antigua y fue para mí muy gratificante participar en cursos y en divulgar su historia en diversos escritos. Pero en ello tuve ya mi recompensa como voy a exponer. Fue otro gran Rector de esta Universidad, Francisco Ynduráin, el que me encargó una conferencia que pronuncié sobre Pérez Galdós y Santander. Cuando le dije que preparaba un libro sobre este tema, con aquella generosidad que le caracterizaba, me recomendó en la Casa Museo del escritor canario en Las Palmas para que me invitaran al segundo Congreso Internacional Galdosiano de 1978 y con este motivo pudiera consultar toda la documentación de su archivo. A él debo, pues, que hoy pertenezca a la familia de escritores galdosistas. Pero fueron los siguientes rectores los que me encargaron algunos trabajos sobre el Palacio, la Universidad de La Magdalena y el comienzo de aquella aventura que derivada de la Junta para Ampliación de Estudios y de la mano del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes decidió durante la República la creación de una Universidad Internacional de Vera-

¹ GRACIÁN, Baltasar: *El arte de la prudencia. Oráculo manual*, Madrid, Ediciones temas de hoy, 1993, p. 65.

no en Santander. La Guerra Civil acabó con aquel sugestivo proyecto que había tenido una andadura de cuatro años, de 1933 a 1936. Después se silenció todo lo que había significado y se reinventó con otro nombre, que hoy hemos aceptado gustosos, continuidad que se mantuvo al principio en una completa autarquía. Pero lo importante fue que aun con diferentes objetivos se logró su permanencia en Santander.

Ya instaurada la democracia, Raúl Morodo, Rector a la sazón, me pidió que escribiera un folleto sobre la etapa fundacional. Pero lo que iba para pocas páginas se convirtió en un libro que escribí en colaboración con mi mujer Celia Valbuena que había publicado previamente el paso de Lorca y «La Barraca» por Santander y la Universidad de Verano, y las entrañables jornadas de Unamuno en agosto durante el Curso de 1934. Debido a pedirnoslo con premura y a editarse sin ver pruebas no salió completamente de la manera deseada, lo que no impidió que la obra se agotara en poco tiempo. Al escribirlo, descubrimos el sugestivo encanto de aquellos personajes y el ambiente cordial y universitario que se vivía en La Magdalena, aunque ya se advertían los peligros que anunciaban la catástrofe de la Guerra Civil.

El siguiente rector, Santiago Roldán, al comienzo de su mandato en 1983, tuvo la deferencia de nombrarme Cronista Honorario de la Universidad Internacional por la publicación de obras, según decía en el escrito, «de gran interés para el conocimiento de la historia y desarrollo de esta Universidad». ² A petición suya escribí la voz sobre ella que aparece en el tomo VIII de la *Gran Enciclopedia de Cantabria*. Parece que le estoy viendo cuando descubrió, en agosto de 1985, la placa dedicada a García Lorca y «La Barraca», que le sugerí se pusiera en Las caballerizas en la pared de la torre del reloj. Lo hizo como buen andaluz, de la mejor manera, recitando poemas de Federico.

Cuando tuvo lugar la rehabilitación del Palacio en 1995, siendo Rector Ernest Lluch Martín, se publicó por el grupo de Dragados un libro conmemorativo en el que colaboré con mi mujer sobre la evolución del Palacio desde su creación. ³

² Madrid, 5 de diciembre de 1983. Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Rectorado. Núm. de Registro de salida: 15. Firmado Santiago Roldán.

³ «Un palacio para una universidad», *Rehabilitación Palacio de La Magdalena. Santander*, Madrid, Dragados y Construcciones, 1995, pp. 16-31.

Pasados los años y ante las reiteradas demandas de consulta de este libro agotado, se consideró la posibilidad de una reedición, pero mi mujer se negó si la obra no se ampliaba en algunas de sus partes con nuevos datos encontrados y porque yo había recibido como Cronista de la ciudad una documentación importante sobre el Palacio, escritos que doné al archivo municipal de Santander. Y fue entonces cuando intervino el actual Rector José Luis García Delgado, que no puso ninguna dificultad y apoyó la idea de una edición ampliada y con el preciso cuidado editorial. Después aparecieron por iniciativa suya otros títulos nuestros en la colección que había creado de la Serie Historia, con los resúmenes de la labor efectuada por los diferentes profesores en el curso de 1934, *García Lorca «La Barraca» y el Grupo del 27 en Santander*, así como la edición facsimilar de los *Discursos* leídos ante la Real Academia Española por Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, en febrero de 1897, del que escribí la introducción.

Y como el doctor González Echegaray ya se ha referido más que suficientemente, con generosidad de amigo, a mi historia personal en el ámbito de la cultura, no voy a hablarles más de mí porque sería vanidad, descortesía y reiteración. Pero sí creo conveniente explicarles las causas de mi vocación tan

dispersa, producida por las circunstancias difíciles en que me tocó vivir y que han hecho de mí un escritor atípico. Soy veterinario, una de las profesiones más útiles a la sociedad, cuya función médica abarca una extensa escala de estudio que incluye también a los seres humanos, por razones sanitarias y de las zoonosis. Mi especialidad en Sanidad y mi paso por el doctorado y otros títulos no me desviaron de mis otras aficiones. Entre éstas, tan dispares, están los estudios biográficos, que me atrajeron desde niño y me hicieron ser un gran lector. Pero sin darme cuenta, la elección de los personajes en tan variados campos, como el de la prehistoria, el de biología marina, la veterinaria, el artístico o el literario fue debida a una preferencia afectiva. Así, Hermilio Alcalde del Río, Augusto González de Linares, Victorio Macho, Pancho Cossío, José María de Pereda, José Gutiérrez Solana, Marcelino Sanz de Sautuola, Menéndez Pelayo o Benito Pérez Galdós. Pereda que trató a estos dos últimos dijo que eran dos milagros vivientes que asombraban tanto por su labor inmensa, cuya fecundidad maravilló a sus contemporáneos, como por los tesoros de saber y arte que encerraban sus libros. Todos ellos me han dado lecciones que me han servido en mi aprendizaje: Augusto González de Linares me condujo hasta

Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza; Gutiérrez Solana me atrajo por su fuerte y obsesivo sentimiento de la muerte, asignatura pendiente que tenemos todos; Menéndez Pelayo representaba el humanismo y la erudición y el conocer la obra de Pérez Galdós fue para mí como un paseo en su compañía que me permitió penetrar en la vida cotidiana y en la historiografía del siglo diecinueve, por el que he sentido mi mayor preferencia.

Sin más dilación, quiero ahora desviar mi discurso para referirme a la relación de Santander con la creación de esta Universidad y corregir algunos errores que se repiten con frecuencia.

Así, los Cursos para Extranjeros de la Sociedad Menéndez Pelayo creados y organizados por el primer director de la Biblioteca Menéndez Pelayo, Miguel Artigas, no fueron, como se ha dicho, el antecedente de la Universidad Internacional, pero sí de los Cursos para Extranjeros incluidos en la programación de esta Universidad. Lo que está claro es que la influencia del Centro de Estudios Históricos y de su profesorado fue decisiva en la organización de aquellos cursos en Santander, en los que intervinieron invitados profesores de su plantilla, como Pedro Salinas, Jorge Guillén y Dámaso Alonso. En 1928 esa influencia se reforzó con la

visita que hizo Tomás Maza Solano, del 11 al 29 de junio de 1928, al Centro que regentaba entonces Ramón Menéndez Pidal, para estudiar la organización y asistir en Madrid al Curso de Vacaciones para Extranjeros con clases prácticas y conferencias impartidas por grandes profesores, como Samuel Gil y Gaya, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Justino de Azcárate o Rafael Benedito.

Los cursos de la Sociedad Menéndez Pelayo se unieron a partir de 1928 a las enseñanzas estivales en Santander del Colegio Mayor Universitario, dependiente de la Universidad de Valladolid, que funcionaron hasta 1930 en el Colegio Cántabro, si bien cada uno organizaba sus clases por separado. Miguel Artigas representaba a la Sociedad Menéndez Pelayo y el profesor Arturo Pérez Martín, al Colegio Mayor. Las clases de este último centro fueron en realidad un anticipo en Santander de los cursos de la Universidad Internacional, ya que comprendían parecidas secciones a las que luego se ofrecieron en La Magdalena, lo mismo que el tratamiento de determinadas materias monográficas a las que se unían prácticas y ensayos de investigación. Se buscaba, del mismo modo, la convivencia de los alumnos con los estudiantes extranjeros. En un acto del Colegio Mayor de Santander, en el verano de 1929,

Pérez Martín anunció por primera vez el nacimiento de lo que sería la Universidad, con estas palabras: «Santander será dentro de no mucho, y en ello ponemos todo nuestro fervor y nuestras ilusiones todas, la ciudad universitaria de verano, no sólo de Valladolid, sino de España entera y para aquellos que vengan a nuestra patria a estudiar».⁴

Pero la creación y mantenimiento de la Universidad Internacional en Santander se debió fundamentalmente a dos personas singulares: Fernando de los Ríos y Pedro Salinas. El primero, siendo ministro a la sazón de Instrucción Pública y Bellas Artes, fue el que firmó el 23 de agosto de 1932 el Decreto fundacional y el que cuatro días después creaba el Consejo Nacional de Cultura que sustituyó al antiguo Consejo de Instrucción Pública. La ciudad de Santander, su Ayuntamiento, representado en el Patronato y la prensa⁵ acogieron el pro-

⁴ *Colegio Mayor de Santander*. Segundo curso. Verano de 1929, Valladolid, Universidad de Valladolid, p. 26.

⁵ Véase *El Cantábrico*, Santander, del 11 y del 15 de octubre de 1932, p. 1. Para un mejor conocimiento de la Universidad durante esa etapa, véase de MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito y VALBUENA MORÁN, Celia: *La Universidad Internacional de Verano de Santander (1932-1936)*, Santander, UIMP, 1999.

yecto, hecho ya realidad, con gran satisfacción, al añadirse a otros logros, como la Biblioteca de Menéndez Pelayo, el Laboratorio Oceanográfico, el Museo de Prehistoria, la Casa de Salud Valdecilla y la Casa Museo de Pérez Galdós en su finca de «San Quintín» que estaba entonces en trámites y que no llegó, por desgracia, a lograrse. En los veinte meses que desarrolló su importante cometido en el ministerio, Fernando de los Ríos tuvo numerosos disgustos por no poder llevar a cabo su programa, tal como él quería y por la crítica destructiva que sufrió por parte de la oposición. Era un hombre culto y elegante. Los muchachos de «La Barraca» le cantaban aquello de: «Viva Fernando, / padre del socialismo / de guante blanco. Besteiro es elegante, / ¡pero no tanto!». García Lorca sentía por don Fernando una especial simpatía y su agrupación de teatro estudiantil actuaba siempre coincidiendo con su presencia en la Universidad.

El periodista que firmaba como «Paradox» en *La Voz de Cantabria* le retrataba en estos términos: «Es un socialista al modo elegante de Robert Owen. Podría representársele con una túnica helénica entablado el discurso de las letras en la ladera gitana del Albaicín, donde Fernando de los Ríos ha dado tono letrado a sus ocios de catedrático de

Derecho en Granada».⁶ Las diez conferencias que pronunció en la Universidad Internacional en 1934 sobre la política y las nuevas estructuras del Estado: socialismo, comunismo, fascismo y nacional-socialismo fueron verdaderamente magistrales.

La segunda persona a la que me refiero fue Pedro Salinas,⁷ inspirador y secretario de la reciente Universidad, poeta y catedrático de Literatura que hablaba bien el francés y el inglés y pertenecía al Grupo literario del 27. Fue aquí en Santander, en el Palacio de La Magdalena, donde sintió Salinas su amor al mar en visiones de días grises y olas encrespadas. Luego ya no pudo prescindir de él. Los dos, Salinas y Fernando de los Ríos, hicieron mucho por aquella Universidad, de la que hoy somos deudores, definida ya entonces como un lujo cultural.

Hoy no estamos libres de una evocación entrañable de estos primeros personajes de la intelec-

⁶ Paradox, «Retablo», *La Voz de Cantabria*, Santander, 7 de mayo de 1931.

⁷ MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: «La praxis intelectual: Salinas en la Universidad Internacional de Santander 1932-1936», *Pedro Salinas. Estudio sobre su praxis y teoría de la escritura*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1992, pp. 199-224.

tualidad, a los que al recordarlos les damos vida de nuevo. Remontándonos a tiempos anteriores, las primeras figuras vinculadas al Palacio y a Santander son las de los Reyes, protagonistas de toda una historia entrañable que abarcó diecisiete años. Quizá uno de los escritores que se anticipó a la llegada de los profesores al Palacio de La Magdalena fue Benito Pérez Galdós cuando, siendo republicano, fue a saludar a los monarcas, primero en Madrid cuando el estreno en 1913 de *Celia en los infiernos*, y después en Santander en 1915. De la conversación que mantuvo con ellos en el palco regio durante un entreacto, le contó después a Luis Antón del Olmet que la Reina «comenzó a hablar con entusiasmo de la playa santanderina, del Palacio de La Magdalena, del horizonte, de la Montaña» y que «luego tuvo algunas frases para mi casa que ha visto por fuera, y que, según me dijo, le ha interesado siempre, por ser la vivienda de un viejo escritor».⁸ Galdós no llegó a ver la Segunda República ni el abandono del Palacio por los monarcas, lo

⁸ OLMET, Luis Antón del: *Alfonso XIII*. Recogido por ALONSO, Corina, en *Relación de Galdós con su época (1900-1920)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 1994, pp. 205-207.

que le habría entristecido. Sin embargo, hubiera aceptado que el Palacio sirviera para instalar la Universidad de Verano.

Cuando consideramos lo que hizo esa Universidad y lo que significó en sus primeros pasos se advierte la mano de la Institución Libre de Enseñanza. Se dijo en su día por algunos autores, como Odón de Buen y el Jefe de Servicio de Fisioterapia de Valdecilla, Heliodoro Téllez Plasencia, que la Península de La Magdalena debiera utilizarse para implantar en ella laboratorios. Éstos los crearon los institucionistas en otros lugares, junto con la Asociación de Laboratorios promovida por Leonardo Torres Quevedo e, incluso, la Estación de Biología Marina de Santander puede considerarse como un precedente de estas actividades. Sin embargo, hacía falta la sede adecuada para una universidad estival que uniera a estudiantes y profesores españoles y extranjeros y llevara a la práctica algo tan necesario como que los sabios, alguno de ellos Premios Nobel, se reunieran para intercambiar sus conocimientos y también para transmitir a los alumnos las novedades importantes en las diferentes disciplinas del saber. Para esa juventud, en gran parte formada por becarios, el poder escuchar a profesores como Zubiri o García Morente sentados con sus alumnos

en las praderas cercanas al Palacio debió de ser una sensación única e inolvidable. Mucho me hubiera gustado hablarles hoy de otros profesores y visitantes de esta Universidad en aquellos años, como Hugo Obermaier, María de Maeztu, Miguel de Unamuno, Salvador de Madariaga o Ezio Levi D'Ancona, importante hispanista catedrático de la Universidad de Nápoles y autor de varios libros, de los que alguno sería interesante su reedición, y al que su origen judío le ocasionó en Italia durante la última guerra mundial la persecución y la pérdida de sus derechos.

La adecuación del Palacio para las actividades académicas veraniegas, la habilitación de dormitorios en Las Caballerizas y la construcción del Aula Magna o Paraninfo, financiado por el Ayuntamiento y la Diputación, y que años más tarde fue reemplazado por el actual, las realizó el arquitecto municipal Javier González Riancho, el mismo que intervino ya con Gonzalo Bringas en la construcción del Palacio entregado a los Reyes en 1913. Interesa consignar la participación que tuvo también Santander y su Ayuntamiento en los llamados Festejos de Verano, desarrollados en el ámbito de la Universidad, aunque fueran públicos, merced a las gestiones conjuntas de Pedro Salinas y el vocal en el Patro-

nato representando a la Corporación, Mariano Lastra. Éste había recibido con anterioridad de Pedro Salinas un ambicioso y detallado proyecto de posibles fiestas y espectáculos, que supuso una clara visión adelantada, en embrión, de lo que con el tiempo fue desarrollándose más tarde como Festivales de Verano de Santander. De todo ello, por razones económicas, no se llevó a efecto más que las representaciones teatrales de «La Barraca», algún concierto, recitales, verbenas y otros festejos.

Por otra parte, los Cursos Especiales de la Casa de Salud Valdecilla fueron patrocinados por la Universidad e incluidos en sus actividades. Pero no sólo se debe a Santander una colaboración económica, sino que tuvo que defenderla en los momentos de mermas presupuestarias o cuando estuvo en trance de desaparecer.

Aquella Universidad ha dado origen a la actual tan ampliada y transformada. Sigue siendo internacional en su más amplio sentido, pero ya no es exclusivamente de verano y su fecundo y diverso programa de actividades culturales y la creación del prestigioso Premio Internacional Menéndez Pelayo, creado y patrocinado por el santanderino Eulalio Ferrer Rodríguez, hacen de ella una institución modélica que ha ido creciendo progresivamen-

te en cursos y alumnos. Y este mérito lo tienen los diferentes rectores que la han regentado, ya que cada uno de ellos ha sabido dotarla de su impronta personal que ha dejado en ella su rastro original y perenne de ciencia universitaria.

Quiero terminar volviendo a mostrar mi agradecimiento. En primer lugar al Rector, Excmo. Sr. don José Luis García Delgado, que con su Junta de Gobierno me ha concedido esta Medalla con la que tan honrado me siento, y luego a quien me ha presentado, mi amigo Joaquín González Echegaray, compañero en algunas tareas de ciertos méritos que ha puesto de relieve tan generosamente. Y lo ha hecho de una manera dadivosa, porque en estos casos se señala la parte buena de las personas y se omiten los defectos. Yo le agradezco entonces a mi presentador esta pintura donde ha mejorado al modelo en el retrato.

Esta Medalla me obliga a continuar la tarea y a tenerla presente como estímulo. Yo la comparto con mi mujer y mis hijos y también con mis amigos que hoy nos acompañan, así como con todos aquellos que sienten una especial simpatía por esta Universidad tan santanderina.

Se terminó de imprimir
en Santander,
el día 27 de enero de 2005,
en Bedia Artes Gráficas, S. C.

